



Suplemento Revista Academia

# IX

## Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades



Facultad de Medicina  
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo  
Centro de Humanidades



Verano  
2020





*Sala de exposiciones de la Galería Espacio O Lastarria durante la premiación.*



*Escultura destacada del Dr. Óscar Fertilio.*

## JURADO DEL CONCURSO

### CATEGORÍA CUENTO Y POESÍA:

**Guido Larson**, director del Instituto de Humanidades UDD.

**Cristián Barros**, abogado, escritor y docente UDD.

### CATEGORÍA DIBUJO, PINTURA O ESCULTURA:

**Oscar Mackenney**, vicedecano de la escuela de Arquitectura.

**Marcelo Ferrari**, director de la Escuela de Cine UDD.

**Fernando Gómez**, fotógrafo y docente UDD.

**Arturo Duclos**, artista.

## NUEVE AÑOS DE TALENTO ARTÍSTICO EN NUESTRA FACULTAD

El Concurso Artístico y Literario del Centro de Humanidades de la Facultad de Medicina Clínica Alemana Universidad del Desarrollo ha cumplido nueve años. De manera ininterrumpida, hemos convocado a estudiantes, colaboradores y docentes de nuestra comunidad, a que muestren sus talentos ocultos, con frecuencia desplazados por el torbellino de sus labores cotidianas, y a que los compartan generosamente con la comunidad académica.

Este año contamos con la participación del Instituto de Humanidades en la convocatoria al concurso, con el fin de extenderlo a toda la UDD, sin embargo, nos sorprendió que nos llegaran muchos trabajos literarios y muy pocas obras de artes plásticas.

Estamos posicionando de a poco el concurso en toda la universidad y sus campos clínicos y soñamos con una convocatoria más numerosa, de manera que ésta sea una instancia que despierte el entusiasmo en estudiantes, colaboradores y académicos, para que se hagan un tiempo en su día a día, descubran y desarrollen sus intereses artísticos y los puedan exponer en una galería de arte.

Hemos tenido la suerte de contar, en este sentido, con la generosa gestión del artista Arturo Duclos, quien ha facilitado la colaboración -por tercer año consecutivo- de la Galería y Centro Cultural, Espacio O Lastarria en este proyecto, lo que nos ha dado la posibilidad de exhibir las obras artísticas y literarias durante el día de la premiación en una preciosa sala de exposiciones.

El hecho de dedicar un tiempo a sacar una fotografía e imprimirla en papel especial, luego de observar por horas a una abeja volar de flor en flor, como lo hizo uno de los participantes de

este concurso, cobra especial valor en tiempos de “selfies”, en los que estamos acostumbrados a acumular imágenes “lisas” en nuestros dispositivos electrónicos, carentes ya de un valor estético o expresivo más profundo, como diría el filósofo Byung Chul Han. Así mismo, pintar un cuadro o escribir un relato o poema, obedece a una necesidad interna que deberíamos escuchar: la de volcar nuestro mundo interior hacia una expresión artística, plasmando a veces emociones, sueños, deseos o recuerdos en una manifestación concreta que pueda ser apreciada por otros.

Gracias a cada uno de ustedes por hacerse el espacio para venir a esta premiación en este histórico barrio santiaguino; gracias a quienes participaron en el concurso y gracias especialmente al jurado, que tuvo la difícil tarea de designar los mejores trabajos.

Casi todos los integrantes de este jurado nos han acompañado ininterrumpidamente desde la primera versión del concurso, el año 2011.

Miremos a continuación estas obras exhibidas en las paredes de esta galería artística y reconozcamos icuánto talento hay en los estudiantes, docentes y colaboradores UDD!



**María Susana Dörr Álamos**  
Directora Centro de Humanidades,  
Facultad de Medicina Clínica Alemana - UDD

---

# Cuento & Poesía

## COMENTARIOS A LAS OBRAS GANADORAS

Juzgar una obra creativa es una tarea difícil. Aún si no contamos con reglas consensuadas y preestablecidas, los seres humanos somos tendientes a generar diversas heurísticas para intentar, al menos, racionalizar nuestras decisiones de juicio. En el caso de cuentos y de poemas, mucha de esa heurística transita por particularidades que la tradición escrita acepta como norma. Buscamos, por ejemplo, que los textos no tengan faltas de ortografía, que los poemas sigan una rítmica particular, que la estructura sea coincidente con las leyes de la gramática. Pero eso siempre parece que queda corto o que es mezquino. Porque la valoración de una obra de creación no parece circunscribirse únicamente a que el verbo ‘haber’ comience con h, o que una oración se corresponda en su estructura con lo que nos diga la gramática. Hay algo de eso ahí, y ciertamente a la hora de juzgar las obras que estamos premiando acá, reconocemos en dichos textos estas reglamentaciones se cumplen; pero eso no agota en ningún caso su valoración. Más aún, uno podría decir que sólo un aspecto secundario del juicio se radica en esas reglas.

La creación artística encuentra su respaldo de valor en el hecho de que sea capaz de mover la consciencia humana en determinada dirección. Un movimiento que despierte y levante expresiones de nuestras propias sensaciones y sentimientos; que resuene en la obra un mensaje que nos permite reconocer ‘humanidad’ en ella, que proyecte algo universal, algo que, tal vez, tiene valor por sí mismo (a pesar de que la expresión ‘valor por sí mismo’ sea problemática). Pero el problema ahí es algo que, en su momento, captaba Kant.

Nuestras preferencias, decía el filósofo alemán, no parecen provenir de reglas consensuadas. Son producto de la experiencia y de la inclinación natural de la consciencia. Hay ciertas cosas que nos mueven más en una dirección que en otra, como cuando uno prefiere deleitarse con la música de Bach antes que con la de Mozart. Ambos son extraordinarios artistas, y ambos son creadores excepcionales. ¿Pero qué hace que alguien prefiera

la música de uno en vez de otro? ¿Es posible justificar esa inclinación en base a alguna heurística arbitraria? Quizás es posible generar una regla proveniente del entendimiento que racionalmente determine qué coincide más con nuestra definición de música, o de arte, o de moral. Pero eso no permite salvar la tendencia de nuestra consciencia de congeniar, en nuestra subjetividad, más con una forma de expresión que con otra.

En consecuencia, a la hora de juzgar obras de la creatividad humana, incorporamos mucho de nuestro propio trasfondo psicológico, valórico y emocional. Subyacente a la elección, hay ciertamente elementos de experiencia. Parte de la razón por la que me pidieron ser juez en este concurso, es porque he tenido la fortuna de poder experimentar diversos actos de la mente y creación humana en los ámbitos de la literatura y la poesía. Pero, aun así, hay un residuo epistemológico de reconocer que los cuentos y poemas ganadores fueron capaces de inclinar de forma más intensa esta voluntad. Pero, así como la música de Bach puede mover más la voluntad que la música de Mozart, esto no hace que el segundo pierda valoración, o sea “peor”. Y por esa razón, ser juez en estas instancias implica reconocer lo plástico y moldeable que es la creatividad a la hora de impactar emotivamente a quien lo experimenta. En ese universo, el Concurso Artístico Literario responde con fuerza inusitada a la necesidad de expresión de nuestros colaboradores y alumnos. Permite descubrir un caleidoscopio, muchas veces oculto, de genialidad ubicado en el corazón de nuestra universidad. Y contribuye a animar el amor por diversas formas artísticas, aquellas que definen – quizás más que ninguna – lo que conmueve a los seres humanos.



**Guido Larson**

Director Instituto de Humanidades UDD

---

# Cuento

PRIMER

LUGAR

## *“Reencuentro consigo”*

**Ítalo von Marttens**

Docente Kinesiología  
Facultad de Medicina

El suave andar del bus, recorriendo desde el litoral a la capital, se vio alterado por un repentino cambio de dirección forzado, en una violenta maniobra realizada por el chofer. Jean se golpeó contra el vidrio, despertando así de ese sueño pesado en que había caído. Se percató que alcanzaban el vallecito de Casablanca y el corazón se le hizo patente en su pecho, con rítmico latir que le anunciaba que estaba vivo, lleno de promesas... Fijó su mirada sin clara intensidad en los pastizales que iban ondeando, movidos por una brisa cálida que se desplazaba en contra del bus, lo que aumentaba la sensación de velocidad en ese instante, aminorada casi hasta el detenimiento: Notó que algo pasaba. Escuchó un rumor que iba en aumento entre los pasajeros.

-¡Lo va a matar! -dijo una señora al borde de un ataque de nervios. Y todas las miradas estaban clavadas en ese extraño espectáculo. Un muchacho, de no más de 17 años, empuñaba un pesado pértigo de eucaliptus, contra un burro marrón que porfiadamente insistía en atravesar la carretera. De ahí el taco que se iba armando, a menos de dos kilómetros del paso sobre nivel de Casablanca. Jean se interesó vivamente en el altercado del muchacho y la bestia. Recordó las historias extravagantes de su querida Anna, en su infancia, cuando ella olvidaba a propósito los detalles de las historias, basada en hechos reales de su padre y terminaba armando exquisitos relatos, que llenaban esas tardes frías y lluviosas de abril en el puerto, donde los marinos quedaban agazapados, esperando a que amainaran los vientos, para hacerse a la mar.

El cuadro resultaba pintoresco, en un contraste de fuerzas irresolutas, dibujadas a destajo, cuajando detalles dispares, como el desarreglado vestir del muchacho, delatando una vida humilde y sufrida, mientras al otro lado, las caras asombradas de los pasajeros del autobús, llenos de apuros y luciendo los primeros

trajes de invierno, arropados casi para la nieve, en un claro exceso de cuidados, animados por los anuncios de los pronósticos del clima, que todos los días de la semana se desplegaban por la TV abierta, en los matinales y que en ese día habían anunciado lluvias por mil. El asno seguía allí, pétreo e impenetrable, soportando la furia del muchacho y los bocinazos de buses, autos y camiones que se iban sumando a la batahola. Nada parecía cambiar los minutos perdidos. Era tragicómico. Hasta que comenzaron a descender de los transportes, los hombres malhumorados, como el propio chofer de bigotes del bus, que junto a otros de los conductores rodeaban al burro, entre encolerizados y muertos de la risa, y entre bromas y garabatos, las emprendían contra el animal, animando al muchacho para doblegar al burro.

-¡Nunca llegan los pacos, cuando se les necesita!  
-protestaba una voluptuosa señora colorina, emperifollada debajo de un pesado gamulán, que le sofocaba aumentando más su propia desidia, inmóvil, parada en medio del pasillo, con la mirada pegada a la ventana, siendo incapaz de dejar la pasada al estafeta del bus, que no hallaba cómo pedir el paso a la pelirroja.

-Si usted me lo permite... -se atrevió a alzar la voz, el auxiliar, abriéndose paso entre la señora y un barrote del pasamanos; logró zafarse, para salir pasillo adelante, hasta alcanzar la pisadera del ómnibus.

-Yo se cómo hacer salir ese burro de allí... idéjenmelo a mí! -agregó con resolución el joven, mientras avanzaba para llegar al sitio del suceso. Conversó un par de cosas con unos camioneros y en menos de diez minutos tenían al burro doblegado, atado de pies y manos. La bestia bufaba de impotencia, rebuznando con gran alboroto, lo que causaba la hilaridad de los niños y era el motivo de diversos comentarios.

Jean no quedó al margen de lo ocurrido y como su asiento iba libre, apenas el bus retomara el viaje, el sobrecargo se sentó a su lado y entabló una animada conversación, mientras disfrutaban de una improvisada merienda, hecha de un par de membrillos que compraran a los infaltables comerciantes ambulantes, quienes, aprovechando el taco producido, habían logrado pingües ingresos extras.

Jean se enteró que las habilidades de domador de burros, Mark, el ahora auxiliar del chofer, se debían a su experiencia lograda en los arrees de burros salvajes, que había aprendido con su padre nortino, junto a los ex pirquineros de Carrizalillo, donde todos los años se reunían en la cordillera de Domeyko, entre de Huasco y Copiapó, para cumplir así la tradicional faena del rodeo de burros, que se abría a menudo, junto al extraordinario milagro del desierto florido.

Después de haberse servido ese membrillo jugoso, Jean quedó de nuevo solo, con miles de pensamientos revoloteando en su cabeza. Se le venían a la memoria recuerdos que creía olvidados, atizados como si fueran una fogata de impresiones, impregnando los pensamientos dispersos debido a este viaje, tal como esa vez junto a Carmen, cuando habían ido a mirar ese asombroso desierto florido, por una semana entera, en las paradisíacas playas de Bahía Inglesa.

EL bus ya había remontado su andar silencioso, empinando los últimos kilómetros robados al poniente de la cuesta de Lo Prado, antes de cruzar el túnel y Jean tubo un inquietante momento de aterrizaje en la realidad, comprendiendo que su viaje pronto llegaría a término, para comenzar el resto de sus nuevos días en Santiago, el destino que en años se había impuesto no tomar. Desde el accidente de su familia, no había querido regresar a la ciudad capital; era una pesada carga de emociones, con

excesivo tiempo a su nueva historia. El animarse por fin a tomar ese bus, había sido a punta de entrañables conversaciones con los escasos amigos que le habían quedado. La pérdida de Carmen le había significado quedar demasiado solo. Ella era sociable y animada, en un contraste con su parquedad y ostracismo, heredado en rebeldía contra la memoria de su padre, el marino errante, que tanto le había faltado en su niñez. Recordó con emoción que, a pesar de todo, su viejo había sabido darle educación, al enviarle con unos parientes a Talca, donde pudo terminar su formación como contador, en esa profesión que nunca ejerció.

El sol comenzó a entibiar el espacio donde iba acomodado Jean y junto al suave vaivén del bus, fue empujado a reanudar ese descanso suspendido. El bus hizo una parada y abordaron tres jóvenes vestidos de negro; uno de ellos se le acercó y luego de cruzar unas palabras se acomodó a su lado; al poco tiempo el recién llegado le compartió una bebida para continuar una aburrida charla que no le interesaba en absoluto. En pocos minutos cayó en un profundo sueño... Viajaba en un velero, acompañado por su padre... hasta sentía ese olor alquitrán que había olvidado. No cruzaron palabras con su padre; sólo una mirada queda, le devolvía esa paz extraviada, entre tantas penas, enredadas como sus mechones claros y oscuros, donde comenzaba a asomarse las primeras canas. El paisaje le era conocido, a pesar que jamás había pisado cubierta alguna, sólo había remontado olas en las playas de El Quisco, en un bote amarillo naranja, junto a turistas veraniegos. El tiempo se detenía para quedar suspendido en un paréntesis de la existencia. Instantes sin pasado quedaban vagando en ese espacio distinto, inundado de sueños y verdaderos sentimientos, que sustentaban la totalidad del ser. Como si un secreto fuera desnudado al conocimiento del universo entero, ya no había límites al saber, dudó por un momento si seguía vivo, acaso esa búsqueda de infinito llegaba a su fin. Faltaba nada más encontrarse de nuevo con su querida Carmen y el pequeño Joshua... Fijó la vista, como lo hacía su padre, con la mirada serena y distante, oteando más allá del horizonte.

Un ensordecedor pitazo le hizo dar un brinco en su asiento, estaban ya en Santiago, y una ráfaga de aire cálido se coló por la escotilla que abría Mark. Quiso seguir saboreando esas palabras de Carmen, pero con una nostalgia que

le confundía, comprendió que sólo había sido un sueño... Mark le dirigió una mirada amistosa y preocupada.

-Menos mal que se despertó, amigo... mire que en el terminal no tenemos tiempo para nada. Vaya recogiendo ese desparramo de cosas que tiene, don Jean—mientras le señalaba la mochila abierta y sus escasos bienes dispersos entre el asiento y el piso. No entendía nada. Hizo un gesto de incredulidad que el muchacho le respondió con un encogerse de hombro del mismo tipo, en ese lenguaje sin palabras, donde el mensaje era inequívoco... le habían robado.

La ira se le subió hasta las orejas. Miraba incrédulo sus pertenencias violadas; revisó de un vistazo y para su tranquilidad, quien hubiera sido el malhechor, no había descubierto el doble fondo de la mochila, donde estaban el dinero, los documentos y las fotos más queridas de su familia herida. Faltaba el cortaplumas y la camisa nueva, que no alcanzó a usar jamás. Un cosquilleo molesto se le encaramó por el pecho y reconoció que hacía mucho tiempo que no se sentía tan vivo como en ese instante...

-Don Jean, usted ni se imagina lo que pasó. ¡Qué manera de dormir hombre! ... Hasta pensamos que estaba medio muerto... Parece que lo drogaron. Pero no se preocupe, los de la brigada de la civil, vienen en camino.

Jean iba quedando más perplejo aún. Se percató que estaban solos en el bus, no quedaba ningún pasajero, sólo Mark el chofer de espeso bigote y él. El muchacho le contó los pormenores.

Después de retomar el viaje, los tres jóvenes metaleros que habían subido en el camino, cuando hacían la travesía del túnel de Lo Prado, realizaron un extraño atraco, en lo que parecía una frenética búsqueda de una mochila, entre los pasajeros, hurguetearon con prisa y en límite de la violencia, hasta que, a la salida del túnel, les esperaban unas motos y en menos que canta un gallo, desaparecieron ante la atónita mirada de todos, no quedando rastros de los asaltantes... Los pasajeros no entendían nada, y quedaron todos alborotados, excepto Jean que había caído medio tumbado en su asiento, cosa de la que no se percataron hasta cuando llegaron al terminal, donde no se despertaba nunca, sino sólo en ese preciso minuto, cuando se enteró de lo ocurrido. Otra vez esa sensación de haber

sido vejado, le incomodaba como una peste, que se le impregnaba en la ropa y en los poros, reviviendo la impotencia de sentirse extraño y ajeno a lo sucedido.

Los detectives llegaron en ese momento. Parecían no tener prisa, sino más bien curiosidad, el caso era extraño a todas luces. Se desconocían los motivos para tan insólita actuación de los muchachos... ¿Qué buscaban?, ¿Quiénes eran?, ¿Porque habían dormido a Jean?... Eran muchas preguntas sin respuestas y escasas o nulas pistas. Fuera, el ajetreo normal de las prisas, frenazos, con anuncios de llegadas y salidas del terminal, en ese movimiento incesante de los viajeros, contribuía a esa sensación de increíble abandono que perturbaba más a Jean.

Le incomodaba la presencia de los detectives, jamás había experimentado esa conmoción, el verse enfrentado a las preguntas, no le hacían sentido, le enredaban más y más.

-Recordaría la cara del sospechoso -le preguntó de nuevo la detective morena, en vocablos que desconocía, su voz intentaba suavizar el dramatismo que adivinaba estaba viviendo Jean y comprendiendo la angustia del porteño, se dirigió a sus colegas, para ofrecer otra oportunidad para las pesquisas. Jean al fin respiró un momento de tregua. Ordenó sus pertenencias y se dispuso a salir de ese caos.

El ambiente trepidante del terminal de buses, le mareaba, necesitaba un memento para ordenar sus ideas. Mientras encaminaba sus pasos hacia la estación de Metro, iba repasando lo sucedido, escribiría más tarde lo que recordaba. En su camino a través del complejo comercial, se cruzaba con cientos caras extrañas, todos menos arropados que él, comprendió, ya acalorado, que el clima era diametralmente diferente a su puerto natal. Habían pasado varios años que no pisaba la capital y le llamó la atención la extensa variedad de chucherías electrónicas, adornos, herramientas y ropas de China, que se ofrecían en esos diminutos escaparates de los locales abarrotados de potenciales clientes.

El frenesí del mediodía se alejaba a pasos agigantados y comenzaba a perfumarse el ambiente de olores a comida rápida, frituras de papas y empanadas de queso. Una sonajera de tripas hambrientas de Jean, le recordó con rabia a que su desayuno había sido escuálido

y lo único succulento había sido ese membrillo compartido con Marck; tal vez eso explicaba que lo vivido habría sido sólo una crisis de fatiga, antes que inculpar a los muchachos. Aunque lo concreto era que ya no estaba su camisa, ni el cortaplumas. Quiso amortiguar ese repentino acceso de hambre, y se dejó contaminar por el ambiente, entrando al restaurante que juzgó más decente. El sitio escogido, no pertenecía a ninguna de esas cadenas de comidas chatarra en boga, era aquel que más semejanza tuvo con los que frecuentaba en el puerto.

Una muchacha alta y trigueña, de delicados modales, se le acercó para enseñarle la oferta del día, con un menú sencillo, consistente en una ensalada, plato de fondo y postre incluidos, mientras que lo bebestible iba a parte. Le pareció razonable lo ofrecido y en menos que canta un gallo, estaba devorando un succulento plato de lentejas con longaniza, mientras dejaba para el final, esa entrada de tomates a la chilena.

Hacía mucho tiempo que no comía un almuerzo completo; se había acostumbrado a almorzar solo, ya que desde que en su trabajo la hora de la colación se había transformado en un conventilleo, donde se comentaba la vida de cada quien, sin remilgos, Jean asqueado de ese ambiente, se había ido aislando poco a poco, alejándose de ese amasijo de emociones y vivencias que a diario se vivía en la imprenta, siempre atochada de trabajos “para mañana a primera hora”, donde las urgencias eran la impronta que daba fama a la empresa. Pero no, ahora sería distinto, le esperaba un nuevo destino, al fin trabajar en lo suyo, como Contador Auditor, en vez de seguir sufriendo con las anticuadas Offset medio mercurio, que jamás se le hacía mantención, a menos que presentaran una falla fatal.

Le era difícil dejar de pensar en su anterior oficio, y dejarse encantar por las promesas de la contabilidad en Santiago era algo que había pospuesto por Carmen y su pequeño... ahora dejando por fin atrás las ataduras del destino roto, había aceptado volver a lo suyo. Esta vez el destino sería distinto, se reconciliaba con su pasado, el presente y el futuro volvían a ser suyos: Jean había llegado a destino, para continuar viviendo.

---

# Cuento

SEGUNDO

LUGAR

## *“Vacivus”*

**Antonia Correa Gaete**

Psicología, 2º año  
Facultad de Psicología

Charlotte era probablemente la muchacha más dulce del pueblo. Su voz era suave como la melodía de un arpa brillantemente compuesta y sus ojos eran la manifestación carnal del rocío de los lirios y rosas del jardín del Edén. Sus pasos eran elegantes y alegres como si de una bailarina se tratara. Qué cautivadora era Charlotte. No había hombre ni mujer, anciano, infante ni perro que no la amara, pues su bondad e inocente afabilidad eran tales que no había ente que se le encontrara indiferente. La joven era de alta alcurnia, pero trataba a nobles, trabajadores, niños y ancianos por igual, pues rebosaba de una infantil maternidad que clamaba en favor de su pureza de alma.

Yo miraba cautivado su corazón. Mis alas se agitaban de gozo a cada respiro suyo y me preguntaba si realmente era necesario el trabajo que por encomienda divina ejercía. No tenía nada que hacer allí, pero mis impulsos de traviesa curiosidad me instigaron a hacer lo prohibido por Dios; debía entrar a su alma y conocer su secreto. Tal vez ella misma era un ángel y era yo su pobre ánima por rescatar, quizás era un ser inmune a la maldad y libre de pecado, o tal vez el secreto de su benevolencia era algo mucho más profundo, incomprensible sino desde su propia alma. Podía ser yo eterno e iluminado, pero ni las más grandes turbulencias del mal me habían perturbado tanto como el misterio de su benignidad. Claro estaba lo que debía hacer; debía emprender mi viaje a las profundidades de su ser para encontrar el elixir

del saber, no podría existir manera alternativa para un ignorante como yo, y me siento, de alguna manera, invitado a sumergirme en esa travesía. ¿Por qué sino me habría dotado Dios de tan inmensa curiosidad?

Me adentré entonces en su alma, dejándome arrastrar por las rítmicas y lentas inspiraciones de sus sueños, hasta desembocar en un lugar que no podía existir sino en dimensiones más elevadas que las humanamente sensibles; se me abría un bosque vegetado y tranquilo, lleno de altos árboles que se alzaban imponentes, casi tocando el cielo. Había varios senderos empedrados entre los árboles y sus claros. Cada uno parecía llevar a una parte concreta, pero ninguna de ellas era la que buscaba; necesitaba ir más profundo. Aparté las ramas de sus pensamientos intrusos y me desvié del sendero de sus huellas mnémicas y recuerdos, así como también de su experiencia consciente, para adentrarme al núcleo del bosque, descendiendo finalmente por la escalinata de su centro. Había seis niveles por recorrer, y debía pasar por todos si quería llegar al último. No hay sensatez para aquél que salta al corazón de ellos sin conocer las cortezas y magmas y sus respectivas guardianas que le preceden, pues de otra manera no podría soportar tan cegador conocimiento. Así pues, comencé mi descenso.

El primer nivel se me presentaba cerrado por una verja de barrotes dorados y de singular resplandor. Intenté asomarme para ver hacia

adentro, pero no había cómo, pues una densa niebla limitaba las miradas intrusas. De repente una bella joven, cuyo rostro era de un blanco resplandeciente, así como también sus rizados cabellos y sus ropas, se me acercó a suaves pasos.

-Quieres entrar -me dijo-. Quieres que te abra las puertas y explores mi mundo, ángel.

Asentí dubitativo. Me miró con dulzura y asintió.

-Te dejaré entrar, luminosa criatura. Te creo digno de escrutar mi jardín. Adelante, sígueme.

Seguí a mi Beatriz, tras haber abierto ella la pesada verja dorada, cuyo oxidado rechinar me reveló que había sido abierta por última vez hace quizá mucho tiempo. Caminaba animada, con pasos irregulares y delicados, como danzando, tal como hacía en tierra.

Finalmente vi el panorama nítidamente.

Curioso cómo lo primero que divisé fue un enorme jardín en una eterna primavera. Habían coloridos mantos de flores que se extendían en las praderas hacia el horizonte infinito a lo lejos, maravillosas cascadas con enredaderas verdes a sus lados, y pétalos rosas de cerezos revoloteando en el aire. Se escuchaba un leve rumor de hojas y un melodioso trinar de aves. Caminando en aquél momento, embelesado yo ante tan inocente belleza, algo me llamó

la atención; era un ave en el suelo, herida y piando apenas.

-Oh, pequeño -dijo Charlotte acucillándose y tomando a la desafortunada criatura-. Qué desdicha pesa sobre mí al verte sufrir. Mira qué te has hecho, una ramita ha atravesado tu ala. No veo cura para esto y mi corazón se estruja en lágrimas, pero, ¿Qué lágrimas han vuelto a la vida a aquél que perdió su esencia? Tú fuiste hecho para volar, y no queda libertad para ti sino tras el manto de la muerte. Sé libre, hazlo por mí -y le rompió el cuello con un crujido seco.

iDios mío! -exclamó ella al tiempo que se encorbaba de dolor y apretaba con sus manos su costado-. Debes irte, no quieres verme así. No resbales con mi dolor. Te mostraré la puerta de abajo, al siguiente nivel, pero no te preocupes por mí, todo está bien. Ahora ve -dijo señalándome la puerta del fondo-. La guardiana te guiará, iDios te cuide!

Me adentré medio aturdido por el camino que se abría ante mí tras el portal. Frente a mis ojos se extendía un infinito mar esmeralda, aunque con la marea muy baja y bastante tranquilo, entre el que se alzaban varios pináculos de roca erosionada como guardianes inmutables, que destruirían a todo aquél que tuviera la audacia de pasar entre ellos con marea alta. Me adentré un poco más, volando bajo sobre el agua con la intención de divisar a alguien, hasta que no mucho después se asomó una joven remando en un bote, con cierta expresión de alarma y nerviosa mirada, aunque haciéndolo de una manera que indicaba que ya había recorrido varias veces aquel tramo.

-¿Hola? -dije con un susurro para no asustarla, pero Charlotte se sobresaltó sobremanera. El resplandeciente blanco marfil del rostro que tenía en su jardín ahora proyectaba palidez en lugar de esplendor. Sus cabellos eran miel como en tierra, pero de un color más opaco y menos vivo.

-¿Qué quieres? -me increpó con timidez, aunque desafiante-.

-No te asustes -la tranquilicé-, sólo quiero llegar hacia las profundidades, a través de las puertas que se me anteponen. Quería ver si podrías ayudarme.

-Está bien- respondió ella-, pero no te acerques demasiado al agua. Hay bestias invisibles aquí que pueden devorarte; enormes leviatanes y basiliscos marinos, esbeltas y retorcidas hidras, sirenas de dientes negros y afilados, y espesas algas verdosas, que una vez te atrapan no te sueltan hasta que un algún primigenio reclame tu cuerpo. Ven, súbete a mi bote y no abras los ojos hasta que yo te diga.

Hice tal cual ella me mandaba y mantuve los ojos cerrados. Fue una lenta travesía y sentía cómo el bote se levantaba más y más a medida que pasaban las horas. La marea estaba subiendo. De pronto comencé a escuchar los guturales y profundos gruñidos submarinos de las horribles bestias de las cuales me había advertido, así como también los aleteos y chapoteos de las membranas y tentáculos que éstos hacían al asomarse y sumergirse nuevamente. No veía nada, pero aún así capté los sollozos y la respiración agitada de mi guía.

-Quieren devorarme- susurraba para sí-. Lo hacen cada vez que comienza a subir la marea y de nuevo debo nacer para repetir este ciclo maldito. No dejes que te atrapen, pues una vez que te dejas no vuelves a salir.

De repente los mares empezaron a agitarse y el bote comenzó a balancearse, al tiempo que la marea seguía subiendo y las bestias se movían aún más rápido a nuestro alrededor, elevándose los gruñidos que salían de sus bocas, o lo que sea que tuvieran.

-Por los dioses -dijo paganamente-. ¡Se están acercando! Ahí está la puerta, ¡Debes irte rápido! Mantente en el bote, déjame remar -dijo sin detenerse-. Aquí, abre los ojos pero no mires hacia atrás. Ahora, tápate la nariz y salta, salta hacia el ojo marino, ¡Sálvate!

Y al tiempo que tocaba el remolino capté periféricamente que mi pobre guía había sido devorada.

Llegué al nuevo nivel; al tercero. Ya no estaba bajo el agua, sino sobre un suelo rocoso y oscuro, rodeado de paredes igualmente rocosas. Al parecer me encontraba sobre alguna profunda fosa. De pronto una silueta encorvada y raquítica emergió de una grieta que no había notado. Su piel era grisácea y sus cabellos eran algas húmedas con un intenso olor a moho.

-¡Qué quieres! -me gritó aquella distorsionada y primitiva imagen de Charlotte, apuntándome con un dedo torcido.

-Vengo de arriba, sólo busco bajar al núcleo.

Ella escupió al suelo.

-¿Con que eso quieres? No sé qué estarás buscando, pero encontrarás nada que te agrade allí abajo, pues aquello que hallarás será casi tan repugnante como aquellas domesticadas criaturas de arriba. ¡Ahora vete de aquí! -dijo removiendo una piedra hacia una cueva de la que no me había percatado, aparentando ser ésta la entrada a algún sepulcro. -Lo que sea que veas no me interesa, ¡Ahora sal de mi vista y no vuelas! -y cerró la cueva tras de mí con una fuerza sobrenatural.

Respiré con profundidad y avancé indeciso por la oscura cueva. Me encontraba en el cuarto nivel. Se escuchaban goteras que se derramaban incansables y aleteos de alas a lo alto; murciélagos quizás. Pasado un rato escuché un chillido de agonía que se sosegó tras un sonido de dientes, o tal vez colmillos, que estrujaban y masticaban la carne de algún desdichado. Continué mi camino conteniendo la respiración, hasta que una tenue luz comenzó a esclarecer el ambiente que me rodeaba, o al menos lo suficiente como para ver figuras a un radio de cuatro pies delante de mí. Silencio. Tras un rato de aterradora expectación, se escucharon arañazos y el corretear de una veloz criatura, más allá de mi campo visual. Se escuchaba por detrás, luego por los lados, hacia arriba y por todas partes, como si estuviera rodeando y analizando a una presa. De súbito algo cae del techo y se arroja sobre mí, rasguñando mi rostro y mordiendo mis extremidades y mis alas. Era una mujer, o eso me parecía; inhumana, aún más delgada que la anterior, casi esquelética, y de olor putrefacto. Su cuerpo era de un negro

.....

intenso, cosa extraña, pues estaba bajo aquella tenue luz de la cueva. Ella no tenía contornos, profundidad ni reflejos. Era negra, de una oscuridad absorbente e inmutable al poder de la luz. Era una sombra, una desentendida y primitiva ánima que comprimía las facetas más amorales, impulsivas, depravadas y violentas que cualquier individuo lucharía por ocultar, incluso ante sus propios ojos; un verdadero demonio, quien no tardó en terminar de devorarme con una sustancia ectoplasmática que comenzó a disolver mi carne en un nuevo nivel.

Finalmente, tras quién sabe cuánto tiempo, recuperé la consciencia, y sólo la consciencia, y no tardé en percatarme que me encontraba en aquello que aparentaba ser el nivel quinto; sin embargo, la oscuridad persistía. No habría podido decir a ciencia cierta si mis ojos no podían ver nada o si no había nada frente a ellos para ver, hasta que por fin, después de tantos eones dentro de su alma, logré reaparecer con todas mis extremidades y sentidos para volver a ver a Charlotte, aunque no sentí el placer que dicho encuentro debería haberme producido. La muchacha se encontraba de pie frente a mí, aunque no parecía notar mi presencia. Su mirada estaba dirigida al vacío y estaba encorvada como una rata, inundando varios tumores su putrefacto cuerpo que, aunque carente de vida e inmóvil, permanecía aún de pie y con los ojos abiertos. ¿Era ello un cadáver o una persona? Faltábale sangre en las venas y aliento en sus labios. Los pocos cabellos que le quedaban estaban resecos y se dibujaba en su teratológico cuerpo el contorno de todos sus huesos, y a sus ojos, sus otrora bellos ojos, los cubrían unas cataratas de hielo insondables.

—¿Hola?— dije armándome de valor. No confiaba en que respondiera, pero aún quería rescatar el pequeño soplo de pureza que, si así lo quería Dios, estaría ahí dentro, por lo que me quedé expectante a ver qué sucedía.

Silencio. La decepción estaba comenzando a aflorar en mí cuando, súbitamente, una grieta le rompe la sien con un sonido seco de eco espectral. Lentamente, tras una prolongada pausa, las cataratas de sus ojos comenzaron a expandirse hasta salir de sus órbitas y cubrir todo su cuerpo en una membrana blanquecina y viscosa que terminó por solidificarse sobre su piel. ¿Podría ser ella la dulce Charlotte, aquella virtuosa y dulce joven a quien con tanto amor veneraba y que cuya sonrisa a todos embelesaba? No era posible, no había manera de que fuera aquella su naturaleza. Aún quedaba el último nivel, el más profundo de ese divino tártaro, y sería su núcleo en donde podría encontrar la verdad de su esencia.

—Charlotte, déjame pasar — le imploré temeroso—. Ayuda a este pobre vástago de su curiosidad y muéstrale el camino.

Un breve fulgor tanático y maquiavélico se asomó por sus cristalinos ojos y no tardó en comenzar a absorberme a mí también con aquella membrana que le cubría. Pretencioso sería decir que no me invadió el temor ni el pánico, pero la verdad es que había aún un ápice de esperanza y amor que me impulsaban a no desistir, y aquellos bastaron para permitirme aguantar aquella angustiada lucha.

Finalmente había llegado, al último y más profundo nivel de su alma, su núcleo imperecedero; la esencia de su ser y de su bondad. Casi temía abrir los ojos, pues tal epifanía podría incinerar mi espíritu y volver mortal mi ya indigno corazón. Ya había pasado todas las pruebas, recorrido todos los niveles de su alma, y ahora era el momento de la verdad, donde se encontraba la esquiva coraza que la protegía de las turbulencias externas. No esperé más y abrí los ojos, pero lo que vi no se igualó ni remotamente a mis expectativas, fantasías ni temores. Era desgarrador, indescriptible, una visión apabullante... era, ¡Era la nada! Un abismal vacío, un sórdido silencio, un retorcido desengaño. ¿Era este el secreto de toda bondad?, ¿Era acaso el vacío la única fuente y fin de todo lo bueno y bello, y la protervia el lobo bajo la piel de la virtud? Me arrodillé y bajé la cabeza, como un signo de eterna sumisión ante el justo Dios que, ante la rebelde curiosidad de su ingenuo siervo que comió del fruto prohibido, lo condenó a sufrir en la negra desolación de sus pecados. Dicen que la verdad hace libre a todo hombre; sin embargo, parece que hay verdades que no están hechas para ser desveladas, ¿Sino por qué yo, poseedor de la perenne y horrible verdad, debo sufrir cual Sísifo eternamente por su peso?

---

# Cuento

TERCER

LUGAR

## *“El destino final”*

**Tatiana Numerosky**

Psicología, 3er año  
Facultad de Psicología

Las vías resonaban mientras el dispositivo colmado de personas las aplastaba. Algunas cabezas se asomaban, buscando respuestas en el andar. Cientos de miradas se perdían en la oscuridad. Algunas voces se preguntaban hacia dónde se dirigían, mientras que otras se apagaban desesperanzadas. Los niños lloraban, mientras que las madres perdían la calma. El artefacto era un mar de plegarias.

Silencio. De pronto el único ruido era el sonido de las barras metálicas sobre las que se desplazaba el ferroviario. Ni un solo murmullo. Ni un solo suspiro. Cientos de mentes pensando. Imaginando. Proyectando. Vivenciando la eternidad. El vacío. La incertidumbre. La ilusión de llegar a un lugar. Si es que había un destino final. Apretujados. Amontonados. Hacinados.

Se hacía de día. El tren corría a gran velocidad. De Nuevo el sonido. Gritos exasperados. Disgustados. Irritados. Ojos temerosos tratando de ver a través de las pocas aberturas que nos ofrecían las viejas paredes del vagón de ganado. Nada. El medio de la nada. Desubicados. Descontextualizados. Desarraigados. Aún apretujados. Las horas corrían y corrían. El pasar del tiempo daba comienzo a las conjeturas. Lluvia de especulaciones. Ideas sueltas. Fantasías revueltas. Creencias mágicas. “¿Y si nos llevan al paraíso?” Se preguntaban algunos.

Yo observaba callada. Mi mente alerta luchaba con mis pensamientos. “¿Nos llevan a un buen lugar? ¡No! Nos están secuestrando. ¡No! ¡No pienses en eso Lonía! ¡Vamos a un sitio mejor!”. Mi madre me tomaba de la mano, mi padre me miraba desesperanzado. Mis hermanos se encontraban del otro lado del vagón. “Pero aún

juntos en familia estábamos”. Arrinconados. Desencantados. Asustados.

Alarmados resonaban los alaridos de los soldados. “¡Silencio! ¡Estamos prontos a llegar!”. Pero sus palabras eran vacías. No cumplían con sus dichos. Nos engañaban. Nos inducían el miedo. Nos callaban para enmudecer nuestra exasperación.

Transitábamos áreas despobladas. Abandonadas. Desahuciadas. Mientras, una niña me tomaba la mano y me ofrecía jugar a las muñecas. Sólo quería jugar. Entonces accedí a divertirme por un rato, y olvidarme del agobio y el maltrato.

- ¿Cómo te llamas? - le pregunté.

- Soy... Antonella, me respondió -y siguió- estoy aquí sola, mis padres fueron obligados a bajar en la estación anterior -me dijo con una voz cubierta de miedo y angustia.

- ¿Y sabes a dónde fueron? - indagaba en busca de una respuesta más clara.

- ¡No! ¡Eso es lo peor! - me respondió, mientras se largaba a llorar a mares.

- Mira... Puedes quedarte conmigo y mis padres. Nosotros te acompañaremos en este viaje. Pronto finalizará.

Entretanto la abrazaba. Mi corazón palpitaba a gran velocidad. Algo olía mal. Las caras de nuestros padres perdían color, y ya no se veían animados. Teníamos hambre, sueño, estábamos furiosos. El tren debía detenerse en algún momento.

Murmullos constantes presagiaban malas noticias. Antonella y yo decidimos comenzar a cantar. Algunas voces se acoplaron a nuestro canto. Así el tren cambiaba de tinte, y se invadía de buen humor. Mis padres me miraban orgullosos, mientras mis hermanos me burlaban. Pero nada a mí me importaba.

- ¡Silencio! -gritaban los guardias. ¡Cállense todos de una vez!

Antonella me miraba. Yo le tapaba los oídos con mis pequeñas manos empapadas de mi propia transpiración por los nervios que me invadían. Mi mirada se cruzaba con la de mi madre, que perdió de repente su reciente sonrisa. Ella miraba a mi padre, quien a su vez miraba fijamente al suelo. Todos de alguna manera conectados, sin saber que pronto seríamos absolutamente desensamblados.

- ¡Segunda parada! - anunciaron. ¡Bajen aquí todos los hombres y niños varones! ¡No debe quedar ningún hombre arriba del tren!

Desesperada me abrazaba a Antonella y mi madre. Mientras, observaba a mi padre y mis dos hermanos bajar del vagón. Mi padre le alcanzó a tirar un beso a mi madre, quien se aguantaba de no llorar. “¿Quién hubiera podido predecir en ese momento, que ese fue su último gesto de amor hacia mi madre? Solo ella”.

- Mamá, ¿A dónde se van papá, Jacobo y Mendel? -le pregunté atemorizada.

- No lo sé hija... No lo sé... -decía mientras sus ojos se abrillantaban por las lágrimas.

- ¿Por qué no bajamos con ellos, mamá? ¡Vamos con ellos! ¡Ahora!

- No podemos mi amor... -me decía con voz baja- Debemos cumplir con las órdenes de quienes están al mando del tren, ellos decretan aquí.

- ¿Por qué? ¡Yo no quiero cumplir sus órdenes! ¡Yo quiero a mi papá! ¡Devuélvanme a mi papá!

- Tranquila querida... Tranquila... pronto volveremos a estar con ellos. Ya verás que esto se acabará. Algún día volveremos a estar juntos... En un abrir y cerrar de ojos -me decía mientras su voz me generaba una gran desconfianza-.

Recosté mi cabeza en el hombro de mi madre. Mientras tanto acariciaba a Antonella, y le preguntaba:

- Oye Antonella, ¿Sabes por qué tus padres bajaron en la primera parada?

- ¡No lo sé! ¡Me encantaría saberlo! ¡No me dejaron bajar con ellos! ¡Extraño a mi mamá!

- Pero... Cuéntame... ¿Cómo son tus papás?

- Bueno... Mi mamá es la mejor mamá del mundo... tan comprensiva... suave... dulce... tan buena... ¡Está embarazada! Y mi padre bueno, él tenía sus días... Él siempre intentó dar lo mejor de sí... No le tocó fácil, hace un mes lo atropellaron y el pobre andaba en muletas de aquí para allá... Ya ni siquiera podía trabajar.

Mi mente se aceleraba. Mis pensamientos se atolondraban. Mis sensaciones colapsaban. Le murmuraba a mi madre, pero ella ya no me escuchaba. Sola. Sola con mis intuiciones y mis malas preconcepciones. Sola, como lo estaría pronto. Intentando sobrevivir. Luchando por hacerlo.

El tren tenía más espacio. Mi madre se sacó su sobretodo y lo colocó en el piso para que Antonella y yo nos recostáramos. Entretanto, le pedí que me diera mi libreta de anotaciones junto con un lápiz. Comencé a escribir:

*Querido diario. Me encuentro en una travesía totalmente desconocida. Nos han tocado el timbre ayer por la mañana, y nos dijeron que teníamos que abandonar la casa y que lleváramos lo mínimo e imprescindible con nosotros. Papá les hizo caso, y ayudó a empacar las valijas con mamá para que nos marcháramos. Llevamos ya un día entero en este tren, y aún no sabemos a dónde nos dirigimos. He conocido a Antonella. Juntas hemos cantado, jugado, pero ella llora mucho, ¡Y con toda la razón! Sus padres han sido obligados a bajar, y la dejaron sola, pero todavía no sabemos el motivo. Supongo que lo descifraremos al arribar a nuestro destino final. Pero me da miedo llegar. No sé con qué me voy a encontrar. No sé qué va a pasar. Estoy asustada diario mío. Sé que te dije que soy una niña muy fuerte, y que a mí nada me detiene, pero esto sí me da miedo. Llevamos infinitas horas aquí arriba, y por las fisuras de las maderas solo se ve un gran desierto. La nada misma. Mi intuición me dice que me acobarde ¡Y comienzo a hacerle caso! Tengo miedo... Mucho miedo... Sólo pido que Dios nos cuide, que todo salga bien. Te tengo que dejar, los guardias y soldados están volviendo a gritar. Mi mayor deseo es volver a reencontrarnos todos, en algún momento, muy pronto. Firma, Lonía.*

Finalmente el tren se detuvo.

- ¡Tercera parada! ¡Todos abajo ya! ¡Repito, tercera parada! ¡Todos abajo!

Alzaba la vista y frente a mí un portón que indicaba: “*Arbeit macht frei*”.

“Arb...ei mach...macht frei ¿Qué significaban esas palabras?”.

Mi madre me tomaba la mano con más fuerza, mientras su cara se desfiguraba por completo. Caían lágrimas por sus ojos, y su mirada estaba perdida en el horizonte. Su cuerpo se inclinaba hacia abajo, a punto de derrumbarse. Sus piernas temblaban, mientras intentaba aferrar sus pies al piso con más fuerza.

Se arrodillaba ante mí, con la cara destruida por el llanto. Me miraba detenidamente. Su cara me aterraba. Mi estómago se revolvía, y mi mente ya no sabía en qué pensar. Mi madre se volvía a parar y nuevamente miraba fijamente el cartel.

- ¡Se separan en dos filas inmediatamente!  
¡Mujeres por un lado, niñas por el otro!  
¡Separadas ya! ¡Dos filas! -gritaban los soldados enloquecidamente-.

Mi madre me tomaba de la mano mientras temblaba sin parar. Me decía que no me quería soltar, pero que esto sería temporal. Me miraba a los ojos y me suplicaba que luche, que lo haga sin parar. Me rogaba que sea fuerte, que resista. Imploraba que mantenga la esperanza, y que nunca la pierda. Mientras lloraba de manera inhumana, me decía que pronto nos volveríamos a ver. Luego, acompañada por una gran fila de mujeres de aproximadamente su edad, caminaba dentro de lo que parecía ser un pequeño edificio. Yo la miraba alejarse. Pero lo que se adueñaba de mi atención era el humo que salía por las chimeneas de esta construcción. Me imaginaba la chimenea de un hogar. A mi madre entrando a un palacio de cristal.

Pero aquella división sería la que me separaría de mi madre por el resto de la vida. Aún no lo sabía. Esa separación rompería mi corazón en mil pedazos, y lo dejaría dañado eternamente. Esa desunión sería un tatuaje que me acompañaría para siempre. Pero a la vez sería la causa para seguir. Sería mi fuerza para ganar. Aquel alejamiento significaría mi motivación para sobrevivir. Sería lo que me separaría de la muerte y me aferraría a la vida. Lo que me mantendría firme ante tanto dolor. Sería la división más triste de mi vida, la que se llevaría a mi madre para siempre. Pero a la vez sería mi motor para no permitir que se roben una vida más. No la mía.

Mi abuela Lonia falleció el 03-05-2017, a los 93 años de edad, luego de haber formado una familia con hijos, nietos y bisnietos. Este cuento se lo dedico a mi eterna luchadora, con todo el corazón. Siempre estará acompañándome en cada uno de mis pasos.

# Cuento

MENCIÓN

HONROSA

## *“Volantines y fogatas”*

**Eduardo Graells Garrido**

Docente investigador  
Facultad de Ingeniería

### *Día 1*

Había atardecido hace poco en las afueras de Linares. Primavera. El viejo guardia del camping se sorprendió al ver a alguien tocar la ventana de su garita.

—Bue-e-e-n-nos d-d-días. ¿Qué-qué-qué necesita?

—Hola-respondió el recién llegado, sin inmutarse por la tartamudez del guardia-. He decidido tomar unas vacaciones.

El guardia pensó que era una situación inusual. Pero el hombre se veía agradable, por lo que abrió el libro azul y tomó el lápiz bic que tenía en un tazón.

—¿Su no-nomb-b-bre?

—Alfonso Chillán.

—¿Cu-cu cu-cuántos días estará aq-q-quí?

—No lo sé aún.

Registradas la fecha de ingreso y nombre, procedió a entregarle a Alfonso el libro y el lápiz.

—Fi-fi-firme aquí por favor.

Alfonso, tal como había inventado un nombre, creó una firma. Le gustó el resultado, podría ser el símbolo de una vida nueva. El guardia no la miró, para él todas eran iguales.

—E-e-elija el lu-lu-gar que quiera. Están tod-do-do-dos libros.

Mientras Alfonso caminaba hacia el interior, buscando el puesto más alejado de la calle, comenzó a resonar en su cabeza el mismo relato que recordaba una y otra vez desde que se había subido al bus en Santiago.

*iPartieron! Primero Marrón Glacé, le sigue Elvis Vive, Tercero Sonatina. Cuarto Tranquilein John Wayne. Quinto Cóndor Rojo. Sexto Lucero. Tras ellos Huassonet, Chocolito y Realidad Virtual. Últimos Señor Piccoro, El Caballo del Rey del Mote con Huesillos y Mijares.*

Para aplacar la voz se puso los audífonos que había comprado en la feria en Puente Alto, y le puso play al CD de rock argentino ochentero, grabado hace algunos años por su hija. La música no evitó que pensara en el Teletrak. Sacó de su mochila el botellón que había comprado en Linares, en la misma botillería donde compraba pipeño cuando se escapaba del regimiento tres décadas atrás.

## Día 2

Los árboles mecían sus ramas por el viento. Su murmullo despertó a Alfonso de una larga siesta.

Todavía con dolor de cabeza, vio al guardia contemplar el cielo despejado. Se incorporó y se acercó a él.

—¿Fuma?—preguntó Alfonso, tendiendo una cajetilla hacia el guardia. Sorprendido, el guardia le respondió que no se podía fumar allí.

Alfonso le mostró una lata de cerveza vacía y le hizo un gesto con las cejas.

—Bu-bu-bueno—cedió el guardia—. Na-na-nadie se dará cu-cuenta.

Fumaron mirando el firmamento.

—¿Y u-u-usted qué hace, ami-mi-migo?

—También soy guardia de seguridad. Ex-carabinero. Hago el turno de noche en una universidad.

—¿Si-si-siempre el de no-noche?

—Sí, siempre.

Dieron un par de bocanadas, sin prisa por continuar la conversación.

—Me-me-me han dicho que la jubilación es buena. La mía es ahí no má-má-más. Por eso trabaj-j-o aquí.

Alfonso no respondió. En su cabeza volvió a resonar la carrera.

*Están entrando en tierra derecha. Arremete Señor Piccoro. El Caballo del Rey del Mote con Huesillos pasa a primer lugar, Marrón Glacé pierde velocidad y baja al cuarto lugar. Segundo Realidad Virtual. Tercero Huassonet. Elvis Vive se mantiene quinto. Chocolito sexto por los palos.*

—¡Pégale más fuerte, por la conchetumadre!—gritó al jinete del caballo por el que había apostado.

A pesar de estar acostumbrado a perder, a vivir con poco más que un pucho, Alfonso apretaba los dientes y le temblaban las manos. Otras personas hacían que los dedos chocasen al mover en vaivén sus manos, indicándoles a los caballos el ritmo que debían seguir. Otros se chupaban los labios haciendo ruidos de succión. El mito decía que así los caballos corrían más.

Los únicos momentos adrenalínicos de su vida eran los finales de una apuesta. Un caballo llegando a la meta, un jugador revelando una mano de póquer, el tejo llegando a su destino. Instantes a los que era adicto. Usualmente no pagaba platos rotos, perder implicaba ir a carabineros y pedir otro préstamo, o ir a la cooperativa y comprar algo en parte de pago. El descuento por planilla se encargaba de todo.

En la tarde de su última apuesta, para Alfonso el crack-crack-crack de los dedos de los otros espectadores marcaba la arritmia que se apoderaba de su pecho. La situación era única: se jugó todo lo ahorrado para su jubilación en Carabineros de Chile, después de veinticinco años de carrera.

### Día 3

*Cien metros. Primero el Caballo del Rey del Mote con Huesillos. Huassonet a una cabeza a velocidad constante. Señor Piccoro sigue acelerando. Cuarto Realidad virtual. Quinto Chocolito. Cincuenta metros. Realidad Virtual repunta, empatando a El Caballo del Rey del Mote con Huesillos.*

Despertó gritando, con el saco de dormir empapado. El guardia escuchó. Preocupado, se acercó a él. Lo encontró con la mirada perdida en el cielo celeste y claro.

—A-a-amigo, ¿quiere re-re-relajarse?

Alfonso lo miró con extrañeza. Le costó volver a tierra. Pensó que le ofrecería marihuana. El guardia le explicó que le gustaba encumbrar volantín, y que esa época era ideal para hacerlo. Como estaba solo en el camping no solía hacerlo a menudo.

—Es lo más relaj-j-j-jante del mundo.

—¿Y no tiene ningún amigo por aquí cerca?— preguntó Alfonso, ya cuerdo.

No tenía. Quizás doña Rosenda, que pasaba cada día a venderle tortillas de rescoldo. Ella le gustaba, no se atrevía a decírselo porque su tartamudeo lo ponía nervioso. Lo avergonzaba.

—Siempre fui bueno para hacer tirantes—comentó Alfonso, que se entusiasmó con la idea.

Cara a cara, un hilo tenso unía el volantín de bandera chilena con el carrete.

—¡A la cuenta de tres!—gritó el guardia, listo para empezar a encumbrar.

Emocionado por la fuerza del viento, que casi le arrebató el volantín a Alfonso, dio la señal. Alfonso, cuyo semblante era una ventaja a la hora de resistir la impaciencia de la naturaleza, alzó el volantín con fuerza hacia arriba. La bandera cuadrada comenzó a recorrer los aires en movimientos curvos, dibujando constelaciones invisibles que se inscribían en el cielo con el sonido del papel resistiendo.

—Cuanto desearía controlar mi voz así, como a este volantín—pensó el guardia mientras sostenía el carrete.

Alfonso tenía un volantín blanco, con el dibujo de un halcón. El viento soplaba más fuerte aún, aunque él creía tener la fuerza suficiente para domarlo. Había sido parte de las fuerzas

especiales a regañadientes, tenía la contextura, no el ánimo. Su ingreso a Carabineros fue para trabajar en la cocina, preparando platos para los generales y cócteles para sus colegas. No para golpear a otras personas.

Los recuerdos de la cocina, tan vívidos, hicieron que le diera hilo de más al volantín, que no dudó en escaparse apenas se dio cuenta de que ya no estaba sujetado al carrete, como un perro de casa al que le abrieron la puerta de la calle. Corrió detrás del hilo, que se movía sensualmente por los aires.

—¡Va-va-vamos!

La fuerza del viento cedió por unos segundos, calmando al fugitivo de papel e hilo.

—¡Lo tengo!—gritó Alfonso, sintiendo la misma subida anímica que le producía ganar en las cartas. Sin embargo, su pie no tocó el suelo. Había un agujero que en algún momento fue la madriguera de un conejo. El siguiente sonido fue el mismo que hace un saco de papas al caer dentro de un camión.

El guardia corrió hacia Alfonso, guiado por su alarido.

—¿E-e-estás b-b-bien?

—¡Cómo voy a estar bien si me saqué la chucha! Se observaron fijamente unos segundos, sin saber que decir.

—El vi-vi-viento puede ser tra-tra-travieso a veces.

Rieron, rieron, viendo como el volantín desaparecía en el firmamento.

A pesar de ser enclenque, el guardia pudo ayudar a Alfonso a ponerse de pie. Sudados, sucios, sonrientes, decidieron hacer una fogata

y contar historias de camping y cuarteles. A Alfonso no le importó tener el pecho raspado, esa madrugada tuvo uno de las noches más reparadoras de su vida.

#### *Día 4*

Otro día de sol, otro día de volantines y fogatas.

—Era el matrimonio de un comandante. Tomamos salmón, fondos de alcachofa, colitas de camarón, y mayo-dijo mientras simulaba armar la entrada y distribuir los ingredientes—. La presentación importa. La rompimos con la entrada, y eso que era todo de conserva—largó a reír—. Después hicimos filet mignon y verduras cortadas en juliana, amarradas y cocidas en el horno. Además de sabor, colores y aromas.

Mientras el guardia controlaba el carrete, Alfonso dio una bocanada profunda, buscando reconstruir el sabor ahumado de sus recuerdos.

No se dieron cuenta de que alguien había estado observándolos largo rato.

—Buenas tardes—los interrumpió un joven abrigado. Los dos viejos pensaron que se notaba que era de la capital y que no estaba acostumbrado a la brisa sureña.

—¿Q-q-qué ne-ne-ne-cesito, señor?

—Vengo a buscar a ese hombre—respondió, apuntando a Alfonso.

Alfonso lo recordó. Nunca habían hablado, lo había visto cuidando las oficinas de los rufianes con los que solía jugar póquer. Un chico al que los narcos, en una revancha, mataron accidentalmente a su familia. Después lo adoptaron como traficante menor de edad.

Alfonso sintió un leve mareo.

*Llegaron a la meta. Por confirmar con fallo fotográfico el ganador entre Realidad Virtual y El Caballo del Rey del Mote con Huesillos. Tercero Huassonet. Cuarto Señor Piccoro. Quinto Elvis Vive. Le siguen Chocolito, Mijares, Tranquilein John Wayne, Lucero, Sonatina, y Marrón Glacé en los últimos lugares. Cóndor Rojo no terminó la carrera*

El relato hípico fue roto por la voz del guardia.  
—¿Qui-qui-quieres encumbrar volantín? El vi-vi-viento está... pe-pe-per-fec-to.

Desconcertado, el joven, en vez de negarse, pensó que no encumbraba volantín hace mucho tiempo. No percibía peligro. Nadie había sido así de amable con él, menos en una situación como ésa. Pensó que el jefe no se enteraría, que unas horas extras no harían diferencia.

El joven eligió un volantín con formas geométricas abstractas, de múltiples colores. Cuando Alfonso lanzó su volantín al cielo, una alegría infantil desbordó su corazón, resurgiendo la adolescencia que había sido enterrada.

En la noche hicieron una fogata y bebieron vino sureño.

—No tengo familia—contó el joven—. No tengo nada excepto estas responsabilidades, y esta pistola— dijo, mostrando una automática—. Sin silenciador, a los narcos les da lo mismo.

—Yo tengo un revólver—dijo Alfonso. Se puso de pie, lo fue a buscar apurado. Al volver, lo enseñó a los demás—. Es viejo, y solamente me queda una bala. Me ha salvado de un par de cogoteos fuera del Teletrak.

—Yo-yo-yo so-so-solamente tengo este palo—dijo el guardia con orgullo—. No-no ne-ne-ne-necesito más. Aquí e-e-es tranquilo.

Siguieron bebiendo, con las armas tiradas lejos del fuego.

—¿Y cuál es tu historia, Alfonso? Sólo sé que le debes mucha plata al jefe y que escapaste.

—¡Qué barsa! Le pagaría con lo que ganaría en mi última apuesta, pero perdí la plata en un dato que me dio él. Me tinca que me cagó a propósito.

—U-u-una cosa es ci-ci-cierta. Aquí estamos to-to-to-dos ca-ca-cagados.

El fuego hacía sonar chispazos que realizaban el silencio. Cada uno estaba ensimismado en sus propias miserias.

—Sé que mi hija hará todo lo que yo no pude hacer—prosiguió Alfonso—. A diferencia mía, ella no es cobarde.

Los ojos de los tres borrachos resplandecían.

—Si tan solo pudiera quemar el pasado, y volver a empezar—dijo el joven. Al decirlo, pensó en las armas e hizo una pausa—. O quizás acabar con todo. Alfonso, ¿cuántas balas tenía tu revólver?

—Una.

El joven miró las llamas, dejándose perder en el vórtice de fuego. Un volantín ardería rápido y desaparecería. Un volantín ardiendo con forma cuadrada, como una fotografía. ¿Qué podía recordar?

Una linda tarde jugando con dos viejos desconocidos, que no lo juzgaron; los rostros sin rasgos de sus padres, a quienes ya no recordaba; y un futuro inerte como la madera quemada. Fotos analógicas cuya imagen se deterioró con el tiempo, sin un negativo que permitiera revelarlas otra vez.

—¿Por qué no apostararlo todo?—sintió que le decía el fuego, que nadie más que él escuchó.—¿Y si hacemos un juego?—propuso.

Alfonso y el guardia se miraron, con sorpresa, sin entender á qué se refería.

—Yo parto, para que no tengan miedo. La segunda ronda la decidimos al cachipún—continuó.

Tomó el revólver de Alfonso, hizo girar el cilindro como un carrete de volantín, y cuando éste se detuvo, se lo puso en la frente.—Así, miren—sonrió, y presionó el gatillo.

### Día 5

—Buenos días—dijo un carabinero a través de la ventanilla de la garita.

—Bu-bu-buenos días, mi ca-ca-cabo.

Su conocido tartamudeo le ayudó a disimular el nerviosismo, mientras recordaba el hilo de sangre corriendo por la cara sonriente, muerta.

—Recibimos un llamado en la noche. Dígame, ¿todo bien?¿Sucedió algo sospechoso?

—N-n-no, to-to-todo bi-i-i-ien.

—Ya veo. También estoy en busca de un hombre desaparecido ¿Ha visto a esta persona?—dijo, mostraron una foto con sus guantes.

Era Alfonso, con unos cuantos años menos, con los cachetes rosados de lo bien afeitado.

—Mi-mi-mi cabo, no-no-no sé ná yo. ¿Quién e-e-es?

Alfonso, oculto en la garita detrás del guardia, escuchó. Pensaba si tan solo hubiera apostado

a una quiniela. Mientras, resonaba la perdición:

*El comité ha resuelto el siguiente orden. Primero El Caballo del Rey del Mote con Huesillos. Segundo Realidad Virtual. Huassonet descalificado por gesto técnico del jinete. Tercero Señor Piccoro. Cuarto Elvis Vive. Quinto Chocolito. La noche anterior, mientras armaban una pira para el cuerpo del joven, comprendió que no era el único que se jugaba todo por nada. El joven anónimo había elegido su destino. ¿Qué elegiría él?*

—Aquí estoy—dijo con orgullo, saliendo de su escondite.

En la tarde pasó la señora que vendía tortillas de rescoldo.

—Le traje una tortilla especial, con chicharrones, como a usted le gusta.

El guardia respondió:

—Tengo una idea, Doña Rosenda. ¿Le gustaría encumbrar volantín conmigo?

Las cajas están abiertas para pagar las apuestas.

---

# Cuento

MENCIÓN

HONROSA

## *“Una historia a través de sueños*

**Gigliola Parodi**

Colaboradora  
Facultad de Medicina

Tras diez años de espera, un día de verano nació la única hija de los Márquez, Colomba, quien vino a iluminar sus vidas a partir de ese momento e hizo que el matrimonio fuera aún más feliz. Eran muy unidos, se amaban profundamente y según la opinión de la mayoría de las personas que los conocían, eran desmesuradamente buenos.

Esta niña llena de vida, creció feliz y protegida por todas las personas que la rodeaban, a pesar de la temprana muerte de su madre. Cada semana Colomba esperaba el día viernes para viajar a ver a su papá y a Luis, su padrino, a la casa de campo, donde ambos como socios y amigos trabajaban el día entero. A sus cortos cinco años sabía que su papá no podía estar con ella todos los días en la ciudad, porque su dedicación a la agricultura no se lo permitía y porque la ausencia de su mamá había hecho que él se empeñara en su fundo y se sintiera incapacitado para cuidarla. Por este motivo vivía con su madrina, Josefina, y sus hijas en la ciudad, quienes eran para ella, junto con su padrino, parte de su familia, considerándolos verdaderos padres y hermanas.

Un viernes de otoño llegó al campo, después de haber viajado horas en auto, mirando las interminables tierras de cultivo, los árboles con sus hojas a medio caer y las colinas llenas de cabras pastando. Al bajarse del auto corrió a buscarlo, entró a la casa llamándolo, pero todo era en vano, ya que él no contestaba. Fue entonces cuando escuchó las palabras pausadas de Luis:

—Tu papá no está... tuvo que hacer un largo viaje... tu papá se fue al cielo. -

Colomba quedó petrificada, no sabía que decir, qué hacer, sólo miraba por la ventana el cerro que se elevaba más que ningún otro día hacia el celeste anaranjado del atardecer. Su mente de niña imaginó un tren que subía y subía por los interminables senderos hasta desaparecer entre las nubes. En aquél momento sintió que una tela gris cubría el cielo y a la vez cubría su alma.

Con el paso de los minutos Colomba sacudió esa imagen de su mente y pensó que no sería justo para sus padrinos que la vieran así de triste, dado que ellos la querían como una hija más. Supo contener las lágrimas, se prometió ser fuerte y mirándolos fijamente les dibujó una tenue sonrisa. Dejó este momento muy guardado en ella y se dio cuenta que había que olvidar y continuar su vida con todas esas personas con las cuales ella seguían sintiéndose protegida y amada.

Después de algún tiempo de que Colomba proyectara en su mente la imagen de su papá viajando en un tren imaginario, inició un extraño recorrido en sus sueños.

*“Él aparecía con su voz característica que hace tanto tiempo no escuchaba, algo le susurraba, pero no lograba entender, sólo sabía que eran palabras importantes. Estaban cómodos, contentos y ella sólo lo miraba atenta”. Colomba despertó feliz de haber soñado con su papá y sobre todo de haber recordado su voz”.*

En la medida que fue creciendo, la imagen de su papá se hacía cada vez más vaga y su mente guardaba sólo algunos recuerdos. Se sentía feliz con su familia que la cuidaba más que a nada en el mundo y junto con sus amigos de colegio.

Se acostumbró a hablar con mucha naturalidad de la muerte de sus papás y de vez en cuando escuchaba historias de ellos, con las cuales iba hilando una novela donde ella no formaba parte.

*“Llega nuevamente. El sol está en el centro del cielo y alumbra su cara de cansancio, ojos de dolor y mirada de búsqueda. Ella solo lo observaba. Entró por una antigua reja de su casa de campo, junto a su padrino. Lo ve entrar, acercarse...” Lamentablemente despertó sin saber el final de ese sueño. Sólo tenía la sensación de que su papá algo necesitaba.*

Llegando a la adolescencia Colomba fue creando muy dentro de ella una burbuja de cristal, donde guardó con mucho cariño la imagen de sus padres. Si bien es cierto no le faltaba amor, ella continuamente sentía una sombra de melancolía y se preguntaba continuamente cómo hubiera sido su vida con ellos.

*“Ya es la tercera vez. De una mano la lleva su papá y de la otra mano, su padrino. Entraron a una Iglesia y se acercaron a una mesa especialmente puesta para ellos donde había una llave, los tres la quedaron mirando, su papá la toma y se la entrega a ella, quien sale de aquél lugar con la firme convicción que aquella llave significaba algo muy importante y abría la puerta de algo que ella no sabía.”*

Al hacerse adulta, Colomba se dio cuenta que visitaba muy poco el lugar donde descansan sus padres porque en realidad ella sabía que siempre llevaba el recuerdo de ellos en su corazón, aunque a lo mejor, no como debía. Se hizo la idea de que todo eso formaba parte de su pasado y, además, no era necesario para ella

recordarlo tan seguido, porque seguía rodeada de su familia de corazón.

Luego de un agotador día de trabajo Colomba se acuesta a dormir. “- ¡Que terrible!, icómo es posible que de nuevo este aquí! Y isin poder hablarle, sin poder hacer nada, sin entenderle! - se decía a sí misma en el sueño. Ella se acercó caminando entre los pasillos de la fábrica, que él mismo construyó con sus propias manos, hasta que se juntaron cara a cara. Era un lugar desierto y sólo se escuchaba el sonido del viento. Comenzaron a bajar, bajar y bajar en un ascensor subterráneo a través del piso, hasta llegar al fondo. Luego, empezaron a subir poco a poco, el ascensor se detiene en cada uno de estos sub pisos, Colomba lo mira y se da cuenta de que él algo le muestra, le cuenta muchas cosas, le pide muchas otras, la mira con cara de estar explicándole un secreto o algo que ella debe saber. Finalmente llegan al punto de encuentro. Él comienza a caminar hasta la casa de campo y ella solo se limita a seguirlo. - ¡Dios mío! - Grita con angustia, porque sabe que él se va a morir, pero ella solo lo mira porque sus palabras no logran salir de su boca. Él se da vuelta y le dice algo que ella esta vez oye, pero no quiere escuchar, es algo que al parecer no logra asimilar. Él sigue su camino y ...”

Colomba despierta con una sensación extraña y con la convicción de que escuchó algo muy importante para ella, sin embargo, no logra recordar. En ese mismo momento buscó entre medio de sus cosas un álbum con algunas fotos y recuerdos de sus papás. Miró atentamente cada foto, analizó la cara de cada uno de ellos y se acordó de cada historia que le contaron sobre ellos.

Automáticamente en su mente aparecieron miles de dudas y eslabones sueltos dentro de aquella historia, surgieron nuevas preguntas y dudas que durante mucho tiempo no tuvieron respuesta:

—¿Por qué si no pudieron tener hijos durante diez años finalmente pudieron hacerlo?; ¿por qué no me parezco físicamente a ellos?; ¿por qué sus hermanos y papás no son cercanos a mí? - se decía a sí misma.

Pasaron los meses y no lograba sacarse de su mente todas esas interrogantes que despertaron fuertemente en ella. Sentía que necesitaba urgente tener respuestas e intuía que ella era adoptada.

Si bien es cierto no tenía ningún fundamento real para preguntarle a sus padrinos acerca de sus dudas, se armó de valor y decidió conversar con ellos:

—Necesito hablar con ustedes. - les dijo de manera muy tranquila. - Desde hace un tiempo creo que hay algo que me falta saber de mi vida y siento que ustedes me pueden ayudar. - les dijo Colomba.

Con el mismo tono de voz calmado les contó cada uno de sus sueños, les explicó cada una de sus interrogantes y finalizó diciendo:

—Creo que mis papás no son mis papás biológicos. -

Las caras de sus padrinos palidieron y Colomba se dio cuenta que estaban nerviosos. Entre ellos se miraron con asombro y sin pensarlo Josefina se sonrió y le dijo:

—¡Colomba, qué ideas tienes!, ¿cómo puedes pensar algo así si tú eres igual a tu papá!

—¡Entonces por favor contesta mis preguntas! - les pidió Colomba con voz temblorosa.

Josefina, titubeante, le contó que sus papás después de todos esos años que no pudieron tener hijos, decidieron hacerse un tratamiento y así fue como nació ella. Que no había nada más que contar y que se quedara tranquila. Y agregó:

—No tiene sentido creerles a esos sueños que me cuentas, sabes que uno sueña cualquier cosa y .... -

Luis la interrumpió tomándola del brazo, tragó saliva y dijo:

—Josefina, no podemos negarle la verdad, de una u otra manera finalmente lo sabrá.

—¡Luis! – exclamó Josefina con cara de angustia.

Colomba miraba esta escena tal como lo hacía en sus sueños, sin poder hablar y sin poder moverse. Se produjo un silencio ensordecedor, ninguno de ellos podía tolerar ese momento de incertidumbre y de tensión.

Luis se acercó a ella. Le tomó tiernamente las manos y la quedó mirando fijamente. Luego de unos eternos segundos carraspeó y le dijo:

—Le prometimos a tu papá minutos antes de morir, que nunca te diríamos la verdad. Pero siempre has sido muy intuitiva y se me parte el alma sentir tu incertidumbre y tu angustia.

Nuevamente se produjo un silencio. Colomba no podía creer lo que estaba escuchando. Su corazón empezó a latir fuertemente, sentía su respiración agitada y cómo sus ojos se iban llenando de lágrimas. En ese momento, Josefina se acercó a ella, la invitó a sentarse y le dijo:

—Colomba...es verdad...eres adoptada -

Estas palabras retumbaron en su alma. Se quedó inmóvil y proyectó en su mente una escena donde una mujer desconocida dejaba un bultito al lado de unas bolsas de basura. Un mar de emociones se agolpó dentro de ella y una lágrima, que caía lentamente de sus ojos, la hizo volver de nuevo a la realidad.

Lloró desconsoladamente entre los brazos amorosos de Luis y Josefina y en ese momento se dio cuenta de que el hecho que le hubieran ocultado este secreto durante veinticinco años no era lo que le provocaba el dolor, si no sentirse desgarradoramente abandonada.

Luego de unos minutos el llanto comenzó a cesar, sintió que la calma le inundaba el alma, lentamente su mente se aquietaba y su corazón se tranquilizaba. Se limpió las lágrimas con las mangas de su chaleco, respiró hondo y les preguntó:

—¿Saben cuál es la verdadera historia?, ¿saben quiénes son mis papás biológicos?

—No Colomba, sólo sabemos que como tus papás no podían tener hijos decidieron adoptar uno - dijo Josefina.

—Tu papá quería un niño - le dijo Luis - pero cuando los llamaron de la “Casa Esperanza” para que te fueran a conocer y vio tu carita supo en ese instante que serías su hija. -

—Llegaste a iluminar no sólo la corta vida de ellos, sino también la nuestra y tenemos la claridad absoluta que estabas finalmente destinada a ser nuestra hija - le dijo Josefina llorando emocionada. Y luego agregó - ¡Dios nos hizo un enorme regalo! -

Colomba abrazó fuertemente a sus padrinos y se llenó de un inmenso amor. Se sintió tan agradecida de Dios porque le había dado tantas oportunidades en su vida y algo muy profundo hizo que dejara de lado la sensación de abandono y acariciara un incomprensible sentimiento de empatía hacia aquella mujer que le había dado la vida.

En la medida que fue pasando el tiempo Colomba terminó de asimilar su historia y poco a poco fue contándoselas a sus amigos y a sus seres queridos, lo que hacía crecer cada vez más dentro de ella un absoluto agradecimiento, no sólo a Dios sino también a esa mujer que le había dado la oportunidad de vivir. Tenía la intuición, o al menos eso quería creer, de lo doloroso que pudo haber sido para esta mujer tener que desprenderse de su hija.

Colomba nunca más volvió a soñar con su papá y entendió que cada uno de los símbolos que aparecían en sus sueños representaban el mensaje que él le quería entregar. Entendió que el tren que llevaba a su padre al Cielo, hace veinte años atrás, daba origen a su propio recorrido.

---

# Cuento

MENCIÓN

HONROSA

## *“Descenso a la locura”*

**Camila Herrera**

Psicología, 2º año  
Facultad de Psicología,  
Concepción

Cerré los ojos y apreté fuertemente los puños. Mi descenso al infierno avergonzaría al mismísimo Dante Alighieri.

Colgaba de una cuerda atormentada por mis propios pecados y pensamientos. No podía respirar, me estaba ahogando. El intenso calor del sitio mezclado a la fuerza sobrehumana que hacía para permanecer colgada de la cordura me estaba matando.

Sabía que, si caía, jamás podría regresar. Si tenía suerte la altura o las llamas no me destrozaban, sin embargo, el enfrentamiento a las criaturas de ahí era lo más preocupante.

Arriba, en mi cuerda, en mi inmenso espacio desolado y ardiente, donde debía sostenerme para sobrevivir, sólo estaban esos molestos bichos revoloteando alrededor de mi cabeza y animando a lanzarme. Insectos asquerosos que se posaban en mi espalda y lamian la cordura para hacerme caer, que iban uniendo hasta que se volvían una carga demasiado pesada. La mayoría de las veces, se iban. Sólo eran pestes que podían ser olvidadas rápidamente. Hoy estaban ahí, persistentes, gritará, llorará o suplicará permanecían gritando y sin callarse. Sólo gritaban que me lanzara, que no valía la pena estar ahí el resto de la eternidad. Chillaban sobre mis oídos mientras se posaban sobre mi espalda y pasaban sus asquerosas lenguas sobre la cuerda y sus jugos escurrían por mis piernas.

Hoy simplemente no se irían.

Y un golpe, todo está bien, lo prometo, no era nadie. Y todo blanco. Y luego, rojo, sólo rojo y un ardiente infierno tragándome por completo y llevándome a mi peor pesadilla.

Mi respiración se cortó con el choque de mi espalda y la roca, ahora sólo podía ver la cordura a la que antes tanto me aferraba y que se mostraba imposible de alcanzar. Una cuerda colgando del techo llevándome a quién sabe qué, pero siempre mejor a estar aquí abajo, junto a todos ellos.

El terror me invadió de sólo pensar que podrían llegar. Me escupirían, me insultarían y golpearían como tanto disfrutaban hacer. Me torturarían una y otra vez hasta que me rindiera, despellejándome, dejándome completamente expuesta, me quemarían con fuego mientras cantan sus horribles canciones y se ríen, festejan, viendo lo que serían mis gritos.

El espasmo del vómito ante la sola idea de que me encontrarán me hizo reaccionar. Debía salir de ahí. Sin embargo, pasarían días hasta que estuviera en las condiciones de caminar después de esa caída. Arrastrarme sobre el piso de roca era la única opción.

Una estupidez, realmente fue una estupidez el hacerlo. Tan inmediato como comencé a arrastrarme sobre mis brazos sentí el intenso

ardor de los rasguños que esto dejaba, arenisca roja me cubría y se metía por dentro de mis magullados brazos que ya se encontraban infectados de tanto andar. Días, noches enteras anduve sobre ellos sin poder valerme de mis propias piernas y de mi columna completamente inútiles. Las costras que se armaban durante la noche se destrozaban por completo apenas seguía andando al día siguiente. Y llorar, gritar, suplicar que se detenga el dolor para poder de una vez avanzar y dejar ese horrible lugar. Porque mis brazos lloran y la sangre ya no es sangre, sino polvo, porque debía sellar las heridas ante los géiseres de fuego que cubrían todo ese maldito desierto rojo. Y durante las noches, sólo ver al cielo de piedra y gritar para que me aplaste de una vez.

A veces oía pasos desde el techo de la caverna y se iluminaba con una intensa luz. Estoy bien, sigo bien, puedo seguir. Y me encontraba a mi misma apoyada en el frío piso de baldosas, para que, al cerrar los ojos, estuviera rodeada de roca incandescente. Algunas noches los insectos que revoloteaban me llegaban a parecer bellos.

Con la espalda recuperada camine eternos días bajo el abrazador desierto. Mis brazos ya no sangraban, se cubrieron de cicatrices y quemaduras atroces y que los deformaban, pero el dolor se había ido. Y camine y corrí, porque mis piernas servían de algo, y grite con todas mis fuerzas a ver si me podían escuchar. Maldije

.....

en todos los idiomas que supe pensar y unos cuantos que inventé, pero decidí seguir.

Para la noche que decidí rendirme, finalmente me encontraron. Me quemaron viva, reabrieron las cicatrices de mis brazos y clavaron sus puñales en mis piernas. Me quitaron la ropa y lamieron mi cuerpo para sólo arañarlo y golpearme. Me pusieron en medio de todos, amarrada, obligada a ver cómo planeaban nuevas formas de humillarme. Y luego, todo blanco, un golpe de nuevo.

El sonido de la puerta fue maravilloso, me desató o me desató, los paralizó el tiempo suficiente como para que pudiera escapar e irme por una rendija. Lo siguiente fue correr. Correr a través de un pasillo interminable mientras ellos me seguían por detrás y los golpes se hacían cada vez más intenso. Era un pasar de luces de negro a rojo, un cambio de correr destrozándome los pies a ver nuevamente la baldosa blanca. De gritar intensamente que estaba bien, que me dejaran sola, que todo estaba bien.

Y entonces, negro. Caí. El pasillo se había acabado y yo estaría cayendo por meses en un océano de oscuridad, hasta que todo se volviera blanco. Y así fue, meses de silencio y de pensar, me hicieron darme cuenta de que seguía encerrada en el baño, sola, en una esquina, sin ver ni comprender nada. Me levanté como pude, las heridas cerradas, pero con un dolor latente,

las piernas entumecidas y la boca seca. Nadie golpeaba ya la puerta para cuando decidí salir.

El silencio inundaba todo, el sol me cegó como si fuera la primera vez que lo veía, todo pareció mejorar por un segundo...

Y vi una cuerda y me aferré.



---

# Poesía

PRIMER

LUGAR

## *“En tránsito”*

**María Cristina Silva Méndez**

Profesora Asociada y  
Coordinadora de la Unidad  
de Apoyo Docente Facultad  
de Comunicaciones

Le pedía que me llevara a París,  
a mirar la Torre Eiffel.  
Me soñaba en los Campos Elíseos,  
muy elegante, yo con él.

Me figuraba por Marruecos,  
tan tan lejos,  
él y yo.  
Deslumbrados de colores,  
descubriéndonos los dos.

A Tierra Santa quería ir,  
a sobrecogernos de historia.  
Huella a huella, noche a luz,  
Intuía ahí la gloria.

Tanto añoraba partir,  
tantas veces lo intenté.  
Él me miraba en silencio,  
“llegará el vuelo, créeme”.

Aquí fue que nos quedamos,  
en tierra angosta y temblorosa.  
Rincón cualquiera, sitio nuestro,  
que nos huele a hogar y a rosas.

Yo no sé cómo se dio,  
fue de a poco y sin remedio.  
Hoy sé de mares, cielos y puertos,  
vivo en un vuelo eterno.

## SEGUNDO

## LUGAR

*“El viaje de un ser incompleto”*

**Dominique Pascale  
Perramont Dezerega**

Estudiante de Medicina, 5º año  
Facultad de Medicina

¿Y si en esa pieza llena de gente  
se hallara  
el reflejo destellante de lo que es  
(o fue o será) el alma?

¿Y si en esos ojos desconocidos  
naciera, sin luz alguna  
el vestigio de tu propia historia?

¿Y si vieras las palmas  
de esa señora calladita  
y estuvieran las mismas  
marcas que otros te dejaron?

Quizás esos otros son tu mismo  
Quizás el alma está en viaje constante  
Y es que somos todos un uno  
Pero sin quererlo  
Y en rivalidad fluctuante

¿Todo esto por qué?  
Es que nacimos a partir de un ser incompleto  
¿Seres perdidos?  
Sí, somos ellos

# Poesía

TERCER

LUGAR

## *“Viajar en círculos”*

**Javiera Paz Ciudad Barría**

Estudiante Tecnología Médica,  
1er año  
Facultad de Medicina

Palpitan en mis oídos letras que se derriten,  
se deslizan.  
Palpitan; palpitan al son de mi propio pálpito.  
Se funden en un solo golpeteo.  
Recorren mis entrañas, le quitan el peso a mis  
huesos.  
Melodías, oraciones, palabras, álgebra.  
Me toman, me arrullan, me llevan.  
Me llevan, Se lo llevan.  
Se llevan al tiempo.  
El reloj no sabe qué es girar en el sentido de  
las manecillas del reloj.  
El reloj ya no sabe.  
No hay rumbo.  
No hay sentido.  
No hay dirección ni destino.  
Las líneas se vuelven círculos. Líneas que de  
hecho nunca fueron líneas.  
No hay atrás.  
No hay adelante.  
No hay.  
Solo se es.  
Solo se siente.  
Palpitan, palpitan.  
Recrean sensaciones.  
Olores, sabores, colores.  
Mi cuerpo no es cuerpo, no es carne, no es  
sangre.  
Solo sensaciones, imágenes, emociones.  
Mi no cuerpo, mi no carne, mi no sangre. Mi no  
viaja.  
Mi no vuelve.  
Vuelve a cada segundo, que ya no es segundo.  
A cada momento, que ya no es momento.  
De alguna forma, no me preguntes como, no  
me preguntes por qué.  
Aún sin carne.  
Puedo sentir el roce de una mano.  
Aún sin sangre.

Puedo sentir las gotas de lluvia de las nubes francesas.  
La nariz entumecida.  
Siento su perfume.  
El perfume que traía mientras el diluvio se lo lavaba.  
Tierra mojada.  
Un cielo iluminado por la torre.  
Labios.  
Fuego.  
El golpeteo.  
Mi palpito.  
El palpito.  
Las letras que se deslizan.  
Me mueven a través del tiempo, sin moverme a través de él.  
Me quito los audífonos, mi cuerpo es cuerpo.  
Mi carne, blanda, es carne.  
Mi sangre, hirviente, es sangre.  
Por ella pareciese correr dulzor.  
Sin pudor admito...  
Jamás me cansaré de viajar.

---

# Poesía

MENCIÓN

HONROSA

## *“La ruta que recorres”*

**Rafael Guzmán Alders**

Ciencia Política y Políticas  
Públicas,  
4º año  
Facultad de Gobierno

Hoy me voy, marcharé  
Por caminos negros andaré.  
En mi cabeza permanecerá  
El recuerdo más atrás.

Pueden ocurrir cambios inevitables,  
Más es siempre razonable.  
Soy el mismo hombre,  
Sigo conservando mi nombre

Arranco de lo usual  
Buscando una vida especial.  
Quiero vivir algo distinto,  
Viajar a destinos variopintos.

Corro por el cielo,  
Vuelo sobre el suelo.  
Vejo pasar el paisaje  
En este eterno viaje.

No tengo ninguna prisa  
En la nuca brisa  
Me acaricia con ternura  
Sobre esta eterna ruta

Paso por cálidos desiertos  
De fina arena cubiertos.  
Atravieso los inmensos mares,  
Sembrado de profundos lugares.

Me enamoro de montañas  
Sembradas de bellas cabañas.  
Fascinado veo las praderas,  
Pensando en rimas viajeras

No sé a dónde.  
El viaje no responde,  
Tan solo me lleva  
A una tierra nueva.

Mi compañero, el silencio  
Sin palabras lo reverencio.  
Le digo siempre callado  
Las historias del pasado.

Ansioso imagino el futuro  
¿A dónde me aventuro?  
Imagino libertad finalmente conseguida  
Después esperanza, siempre habida.

Ruta interminable, hermosa travesía  
Llévame a donde viviría  
Lento, pero a destino  
Ese lugar que imagino.

En viaje, la Ruta,  
Largo tiempo que disfrutas.  
Llegando olvidas que existe  
Ese tú que descubriste.

---

# Pintura, Dibujo o Escultura

## COMENTARIOS A LAS OBRAS GANADORAS

Han pasado ya nueve versiones del Concurso Artístico y Literario, que convoca el Centro de Humanidades de la Facultad de Medicina C. Alemana UDD. Durante todos estos años en los que he sido jurado he visto cómo, paulatinamente, se ha registrado una evolución de sus propuestas. Y si bien el objetivo inicial de este concurso fue promover las prácticas artístico- humanistas en el contexto de la Facultad de Medicina, veo con mucho orgullo cómo esta simple labor ha desarrollado con creces su cometido, llegando cada vez más lejos en torno a la calidad de sus resultados.

Desde el principio he seguido atentamente el progreso de sus propuestas y veo que las exigencias, los estándares de excelencia y las modificaciones que se han introducido para actualizar las bases y la nobleza de sus resultados están dando sus frutos. En uno de sus célebres escritos, el gran poeta portugués Fernando Pessoa decía, “Ver a haber visto”. Una frase muy simple al sacarla de su contexto, que nos habla de conocimiento y educación, pero lo más importante de lo que nos habla es sobre la disposición. Estar dispuesto al arte, estar dispuesto a trabajar con metáforas, con el mundo de la imaginación y de la creación. Nos habla de apertura de mundos, de poner en duda, de no quedarse con los atavismos. Esta es la verdadera invitación a participar en este concurso.

De las obras premiadas este año, vemos cómo los lenguajes han evolucionado, cómo las limitaciones que muchos tienen al abordar un proyecto artístico se han transformado en proposiciones. Es así como el primer lugar, la simple obra de Bettina Baus, a partir de un relato existente, posiciona nuevamente la nostalgia de paraísos perdidos y de formas de habitar el mundo que ya no existen más que en estos pequeños guiños que nos recuerdan la peregrina existencia de estas extintas tribus y sus vibrantes cosmogonías.

Por otra parte, Anthony Mcinney propone una inquietante pieza, donde ejercita mezclas de tecnologías para lograr transmitir una amalgama de ideas que transitan desde lo escénico hacia un planteamiento más bien conceptual. En el caso de la escultura, un muy bien ganado premio para Óscar Fertilio; con una simple imagen logra capturar un gesto dinámico, en el encuentro de un madero pulido por el mar, con un trabajo muy efectivo en el bronce.

En el ámbito de la fotografía, veo también un esfuerzo a destacar, en el merecido Primer lugar de Valentina Belmar, quien remite a un uso más sofisticado de la imagen, donde la ambigüedad y la sugerencia nos enseñan, porque la fotografía también es un arte mayor. Los premios siguientes, de Javiera Bellolio y Arturo Márquez, aunque técnicamente tienen un valor agregado, todavía podrían atreverse más con una propuesta en relación al mensaje de la obra.

Nos queda esperar la décima versión de nuestro concurso, para hacer exigible el gran desafío que esperamos de los alumnos y docentes, el de formar profesionales de la salud en un marco integral y sustentable para los requerimientos de nuestro tiempo.



**Arturo Duclos**  
Artista

---

# Pintura, Dibujo o Escultura

PRIMER

LUGAR



*"Tránsito, inspirado en fotografía  
de Charles Furlong"*

**Bettina Baus**  
Medicina, 5to año

PREMIO DESTACADO  
OTRO FORMATO



*"The first vehicle of war"*  
fotografía, intervención como proyección

**Anthony McInnery**  
Docente del programa  
Track Humanidades

MENCIÓN ESPECIAL  
FORMATO ESCULTURA



*"Avanti, sempre avanti"*

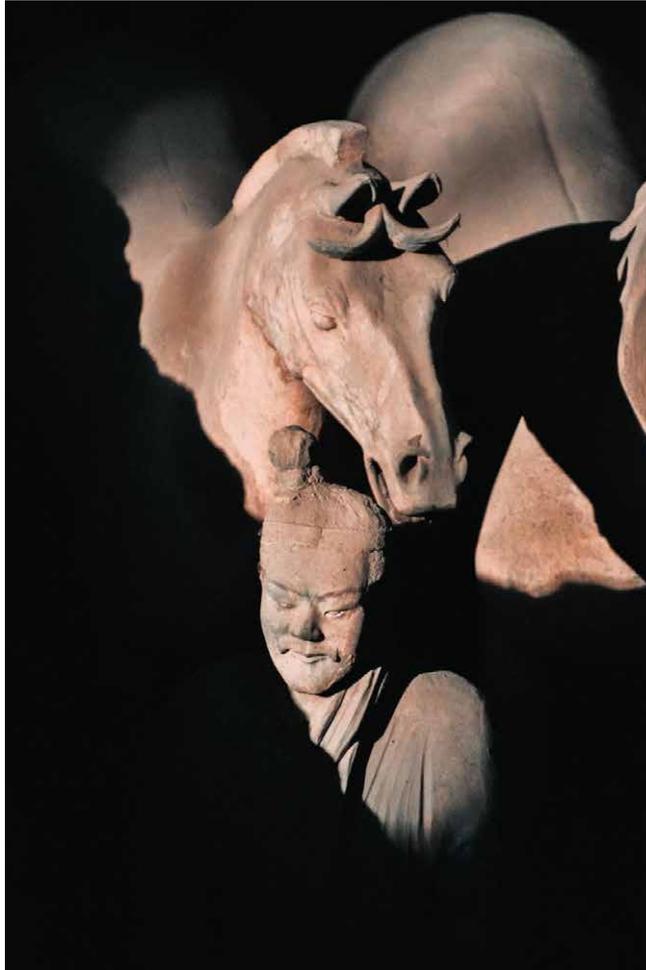
**Óscar Fertilio (Iván Kévocic)**  
Ex Médico Clínica Alemana  
Santiago

---

# Fotografía

PRIMER

LUGAR



*“Viaje ancestral  
del guerrero de terracota”*

**Valentina Belmar**  
Medicina 7mo año

SEGUNDO

LUGAR



*"Camino a Polinizar"*

**Javiera Bellolio**  
Centro de Bioética

MENCIÓN

HONROSA



*“Cayos de Florida,  
un sueño dorado”*

**Arturo Márquez Correa**  
Facultad de Educación,  
Docente



*Guido Larson, director del Instituto de Humanidades UDD, Arturo Márquez Correa, docente de Facultad de Educación, distinguido en la categoría fotografía y Susana Dörr, directora del Centro de Humanidades F. de Medicina C. Alemana UDD.*



*Gigliola Parodi, distinguida en la categoría cuento junto a su familia.*





María Cristina Silva Méndez, ganadora de la mención poesía junto a su familia.



De izquierda a derecha: Bettina Guijón, Antonia Chuecas, Bettina Baus, distinguida en la categoría pintura o dibujo y Antonia Garib, junto a Susana Dörr.





Suplemento Revista Academia

# IX

## Concurso Artístico y Literario

Centro de Humanidades



Facultad de Medicina  
Clínica Alemana - Universidad del Desarrollo  
Centro de Humanidades



Av. Las Condes 12.438  
Lo Barnechea, Santiago  
Teléfono: (56 2) 23279100  
[medicina.udd.cl](http://medicina.udd.cl)